

## Tú y yo

Pues mira, yo qué quieres que te diga, pero manifiesto mi defensa a ultranza de la tesis de que la relación entre el deseo y el sentimiento de felicidad está peligrosamente subestimada. Es decir, si cuantas más relaciones íntimas se practican, mayor felicidad se siente, cuanto más sensual fuera este mundo, más hermoso sería vivir en él. Si es que es una simple regla de tres. ¿Que ya eres feliz con poca sensualidad? Pues con un poquito más te sentirías mejor todavía. Y es que la gente copula muy poco y no es consciente de ello, cariño, no hay más que verles la jeta a algunos individuos, que parece que acudan a un entierro solo porque se haya nublado el día u osan aguarde la fiesta con un comentario fuera de tono, o una sobre-reacción sin contexto, o una observación carente de pregunta previa, total por nada o por algo de fácil solución, o que al fin y al cabo es su trabajo, o encima de que les estás haciendo un favor, ay, no sé... Odio cuando me pones esa cara de que tengo el síndrome de Down. A ver, que me estoy moviendo en un terreno hipotético, mi amor, no pretendo sentar cátedra, por eso empleo el término tesis y no teorema o hablo de sentir felicidad y no de ser feliz. ¿O te parece que hay alguien al que le amargue un dulce? Ya... Bueno, para algunos puede tener la calidad mayor influencia que la cantidad, pero en ambos casos hablamos de tener una vida íntima rica, ya sea en términos cualitativos, cuantitativos o en ambos. Vale, estamos de acuerdo. Entonces, muchos más de lo que se piensa no efectúan el fornicio con la frecuencia ni la calidad que debieran y ello, claro está, repercute negativamente en los humos a nivel global. Pues a mí no me parece que mi visión sea tan superficial, ni que lo reduzca todo a lo mismo, es más, reitero que la consecución de un mundo mejor pasa por la solidaridad y la autosatisfacción de beneficiarse al prójimo a ritmo de apetencia, que sí, que si todos nos ajustáramos a esa máxima, convertiríamos este mundo a veces tan inhóspito en un vergel paradisíaco de ninfas y príncipes, en el que todos nos sonreiríamos y nos alegraríamos de vernos y nos daríamos los buenos días con un abrazo efusivo e incluso iríamos al trabajo de buena gana porque, en un momento dado, podríamos aparearnos junto al despacho del jefe y volver al puesto de trabajo como si tal cosa... En fin, que algo tan natural ha perdido la normalidad de manera enfermiza, me empeño en sostener. De manera enfermiza. Sí, tú te ríes y te crees que se me van las neuronas de pic-nic, pero yo sé, mejor, todos sabemos que toda especie del reino animal sin excepción, y esto nos incluye a los seres humanos, tiende al deseo de desempeñar funciones reproductivas en su hábitat natural e incluso simulado, si me apuras. Y en este sentido véase el reino animal porque, le pese a quien le pese, seguimos siendo animales, tanto tú como yo. A lo que iba: la vergüenza, esa es la clave. Y tú sabes de dónde nos viene esa vergüenza, ¿no? Ya, tú lo ves de otra manera, siempre tan racional... Pero vamos a ver, ¿tú has conocido a

alguien que se haya puesto de mala leche después de semejante disfrute? Yo no estoy de mala leche, me hallo inmerso en la defensa de mi tesis y expongo mis argumentos pasionalmente, que es distinto. ¿Cómo? Oye, me ofende que me sitúes a esos niveles de perversión, ya te lo he dicho alguna vez. Sí que lo piensas y no te culpo pero, por favor, no lo verbalices. Claro, es que me acabas de insinuar que lo mío es obsesión... No me pongas esa cara, cariño, que yo solo me obsesiono por ti. Ay, cómo te gusta que te manifieste mi amor continuamente, ¿verdad, mi vida? Ay, mi obsesión. ¿Sabes qué pasa? A ver, durante mis años de soltería, digo, sin pareja ni amante que pudiera considerarse como tal, no sentía tanta necesidad de mantener relaciones porque no se producía ningún estímulo en mi organismo y, claro, al no haber acción, esta no resultaba en reacción, ya me entiendes. Pero desde que te tengo a la verita mía, ese atractivo tuyo impregna mi cuerpo y mi alma, mi amor, lo sabes de sobras. Haz el favor de no decirme que te mueres del empalague, mi vida, que me enciendes por dentro y me obligas a derretirme sobre ti como una vela ardiendo, a sentir mi piel derramándose sobre la tuya, a dejarme mimar por tu forma de mirarme, tocarme y hablarme. A mirarte, tocarte y hablarte yo también. ¿Que no? Pues claro que sí, te lo digo yo que como tú no hay nadie en este mundo. Ven aquí, mi amor, cómo me gustas, es que no te lo imaginas, eso nada más que lo sé yo, lo que tú a mí me gustas, tus besos cálidos, tu mano derecha con mi mano izquierda, agarrarla cruzando tus dedos con los míos, pasarte mi mano derecha por detrás del cuello, dejarla reposar en tu nuca, tan cálida, refugiarme en la curva de tu regazo, tú boca a mí, yo boca a ti, tus ojos, mis ojos, tus ganas, las mías, perdemos la noción del tiempo y el espacio, sumidos en una espiral de amor loco, de loco deseo, con el corazón en un puño como los que descenden casi en caída libre por un tobogán ensortijado, mi amor, mi sueño, qué intensidad me invade cuando disfruto libremente de la pasión nacida de mis entrañas para hacerte el ser más feliz que nunca ha habido ni habrá, ay Dios mío, tu nombre deslizándose por mi garganta, mi paladar y mi lengua como la exhalación de un gemido, sí, siempre, desde el primer momento en que te vi, siempre quise que fueras para mí y yo para ti, deseaba que nos hiciéramos una sola carne, engastados como ahora mismo, acoplados nos imaginaba cada vez que me cruzaba contigo por las calles, para que te hagas una idea de cómo me siento haciendo el amor contigo, mi vida, albergarte y envolverte con mi fuego y derramarnos por fin como lava por la ladera de la montaña, precipitarnos en nuestro propio abismo hasta llegar exhaustos a un valle que solo tú y yo habitamos, a un destino que tú y yo elegimos. Tú y yo. Siempre tú y yo.